

ACADEMIA DOMINICANA DE LA HISTORIA

Centenario del Gobierno de Ulises F. Espaillat

Vol. XLI

---

**Emilio Rodríguez Demorizi**

**ULISES F. ESPAILLAT  
y BENJAMIN FRANKLIN**

EDITORIA TALLER  
Santo Domingo, R.D.  
1976



ACADEMIA DOMINICANA DE LA HISTORIA  
Centenario del Gobierno de Ulises F. Espaillat

---

Vol. XLI

---

**Emilio Rodríguez Demorizi**

**ULISES F. ESPAILLAT  
y BENJAMIN FRANKLIN**

EDITORA TALLER  
Santo Domingo, R.D.  
1976



## PRESENTACION

*Este año de 1976, Año de Duarte, en que el pueblo de Norte América celebra el Bi-Centenario de su Independencia, coincide con el Centenario de la instauración del memorable Gobierno nacional de Ulises F. Espaillat, el dominicano que guarda mayor semejanza con uno de los más altos próceres de la gran Nación, nada menos que Benjamín Franklin.*

*Por ello, con la publicación de este breve opúsculo la Academia Dominicana de la Historia conmemora al par esas dos magnas efemérides, la del 29 de abril, Centenario del Gobierno de Espaillat, y la del 4 de julio, Segundo Centenario de la proclamación de Independencia de la Patria de Franklin, gesta en que él tuvo tan relevante intervención; y cuya Acta de emancipación, obra de Jefferson, sirvió de modelo a don Tomás Bobadilla en la redacción de nuestra Acta de Separación del 16 de enero de 1844.*

*La modestia de este homenaje nada le resta a su alta significación: enlaza a dos pueblos y a dos hombres como deberían estar siempre unidos los pueblos y los hombres.*

*Plausible disposición, pues, la del Gobierno de la República de asignarle al Prócer de Santiago tumba definitiva en señalado sitio del Panteón Nacional.*



## **ULISES F. ESPAILLAT Y BENJAMIN FRANKLIN**

Del egregio prócer Ulises Francisco Espaillat no se conserva ningún retrato auténtico en que pudieran inspirarse —como Zweig en el Erasmo de Holbein o como Ludwig en los sucesivos retratos de Goethe— sus esperados biógrafos. Pero de esa triste falta nos compesan no sólo las obras imaginativas de los pintores Luis Desangles y Arturo Grullón, sino también los fieles retratos literarios de escritores que tuvieron la gloria de conocerle.

Cada uno de nosotros, pues, dejando de lado las obras de Desangles y de Grullón, y en presencia de esas semblanzas literarias, tendrá ante sí la nobilísima efigie de Espaillat, plasmada a nuestro antojo por la imaginación, por ese pintor inigualable que todos llevamos dentro, forjador de esas imágenes amadas que pasan por nuestro espíritu con mayor fuerza que por nuestros ojos.

El primer retratista del Prócer fué el ignorado escritor que escondió su nombre tras el seudónimo de *Un Yankee*, en esta breve página aparecida en el periódico puertoplateño *El Porvenir* el 2 de julio de 1876:

El Modus vivendi del Presidente de la República

*El Presidente de la República Dominicana, Don Ulises Francisco Espaillat, tiene cincuenta años bien cumplidos, alto, de color blanco, ojos azules, y pelo castaño, nariz perfilada, labios finos; en todo este conjunto puede leerse como en un libro, la honradez, la bondad y el patriotismo.*

*Se acuesta a las nueve y se levanta a las seis, toma en seguida un ligero desayuno y poco después consulta algunas obras, entre éstas figuran en primera línea, el Derecho romano de Ortolán, El Espíritu del Siglo, de Martínez de la Rosa, y algunos tratados de economía política.*

*A las ocho se ocupa de los asuntos particulares que son pocos hasta las diez que pasa al Gobierno a ocuparse de los públicos que son arduos y muchos, permaneciendo en el Palacio hasta la una y poco después regresa y hace una frugal comida. Esta consiste en una poca de carne, legumbres, ensalada y pan, después de la comida un vaso de cerveza, come un poco de dulce de naranja o de piña, enciende un cigarro de Moca, y como buen dominicano duerme una hora de siesta. Cuando se levanta lee los periódicos nacionales y extranjeros y escribe.*

*El Presidente es de un carácter apacible, muy complaciente y no desdeña consejo de nadie.*

*Cree y es seguro que la libertad y la justicia bien administrada acabarán con las revoluciones y que la honradez del Gobierno salvará la patria de su ruina.*

*La casa que habita el Presidente fué habitada por el célebre patriota Don José Núñez de Cáceres.*

*El aposento donde duerme es espacioso y cómodo, sus muebles se reducen a una cómoda con mesa de mármol blanco, un espejo grande, un lava-manos con un jarrón para el agua, imitando la porcelana, y una mesa de pino sobre la cual se ve un mapa de la República de Gabb, y los periódicos nacionales, El Porvenir, El Nacional, La Paz, El Conservador y La Libertad. En un ángulo de la mesa están El Herald de New York otros periódicos de la gran República y los principales diarios de París y Madrid.*

*Una hamaca de contonia y una cama de hierro de construcción sencilla pero sólida, seis sillas y dos balancines completan todo el menaje del Presidente Espailat.*

*Al ver tanta sencillez digna de un espartano, y la firme creencia que abriga el ilustre prócer de la Restauración de que el país puede gobernarse con libertad y justicia sin patibulos, sin gritos, y sin empréstitos. . . ¿quién podrá dudar que esta pobre Nación tan duramente combatida por sober-*

*bios aquilones, va con su nuevo piloto caminando hacia el puerto de su salvación?*

Como en esa impresionante transición que se advierte en las imágenes de Carlos V, de la plenitud viril a los melancólicos días de Yuste, así de ese primer retrato de Espaillat a otro de apenas medio año después, hay la misma pesadosa diferencia. Fue su autor un adolescente que sería desde entonces uno de sus más vehementes admiradores, nada menos que el ilustre escritor Federico García Godoy, a la sazón vecino de Puerto Plata:

*Recuerdo su llegada de regreso de la Capital en un vapor mercante a Puerto Plata, allá por los últimos días de noviembre o de diciembre, en una melancólica mañana de comienzos de Invierno, de ambiente frío, de nublado cielo, en que la onda moría mansamente en la curva de la playa con un rumor de vago y prolongado sollozo... Lo ví cuando subía por la escalerilla del muelle. Tenía cincuentitres años y parecía un anciano de sesenta, encorvado, prematuramente envejecido, con la cabeza cubierta de blancos hilos, como si en ella se hubiera amontonado la copiosa nevada de dolores infinitos... Su rostro enflaquecido, pálido; sus mejillas exangües, hundidas; sus ojos de amortiguado fulgor como cansados de contemplar en torno suyo bajezas e ignominias, le prestaban cierto pronunciado parecido con uno de esos santos del catolicismo, representados en algunas viejas estampas, que convirtieron su vida en una dolorosa e interminable serie de maceraciones y abstinencias... Cuando pasó cerca de mí me descubrí con religioso respeto como otras personas que se encontraban a mi lado... Aquel vencido era el símbolo augusto de la virtud republicana hecha carne que pasaba...*

Años después, en 1908, Manuel de Jesús Galván, que fué de los Ministros de Espaillat y uno de sus más leales e íntimos amigos, hizo este otro retrato del Prócer:

*Falta quien pueda remontar a la altura de aquel hombre honrado, ciudadano ejemplar, a la manera de Benjamín Franklin, con quien tenía su persona, fisonómica e intelec-*

*tualmente, una sorprendente semejanza, así en el largo cabello, la frente blanca y los ojos azules, llenos de espiritual benevolencia, como en la coordinación de sus lógicas ideas, y la gracia y naturalidad con que las expresaba.*

A esta admirable observación cabe agregar el comentario del Dr. Max Henríquez Ureña:

*Según Manuel de Jesús Galván, Espaillat presentaba, fisonómica e intelectualmente, una sorprendente semejanza con Benjamín Franklin. En efecto: si su rostro evocaba la imagen del austero patriota y moralista norteamericano, también encontramos en uno y otro la misma pureza moral, la misma precisión del razonamiento, la misma clarividencia práctica de las cosas, el mismo don del "buen sentido". Un espíritu como el de Franklin no habría desdeñado hacer esta observación que formuló Espaillat ante el propósito ingenuo de los que pretendían atraer la inmigración a un país que, por las condiciones anómalas en que vivía, no podía ofrecer entonces perspectivas de paz y sosiego: "La inmigración la tenemos aquí mismo. Enseñemos a trabajar a nuestros campesinos. No debemos pretender gobernar cuatrocientas mil almas mientras no sepamos hacerlo con las doscientas mil que componen nuestra población".*

Qué sugestiva, que digna de estudio la semejanza moral, intelectual y física entre Espaillat y Franklin! Qué insigne honor para un hispanoamericano el parecerse de tal suerte a quien, al decir de Turgot, "robó el rayo a los cielos y el cetro a los tiranos!"

La sagaz observación del autor de *Enriquillo* tenía ya autorizado antecedente. Quizás el primero en apuntar las semejanzas entre el dominicano y el norteamericano fué otro grande amigo de Espaillat, el joven Federico Henríquez y Carvajal, en cuyo discurso del 25 de abril de 1879, en el primer aniversario de la muerte del repúblico, dijo:

*Espaillat recuerda a Franklin, el prototipo del demócrata austero.*

Esa justa expresión, que revela el lejano prestigio de Franklin en nuestra Sociedad, concuerda con esta otra, del Profesor Englekirk, de nuestros días, alusiva al Sabio de Filadelfia:

*El prototipo del ciudadano ejemplar.*

Una de nuestras repetidas vicisitudes políticas vino a acrecentar, a definir, la semejanza intelectual entre Espaillat y Franklin. Su exilio, en 1858, en los Estados Unidos, donde permaneció durante algunos meses, y en donde, como dice Luperón, "estudió la forma y estructura de aquella poderosa democracia". Y es en Filadelfia, toda llena del recuerdo de Franklin, donde Espaillat demora mayor tiempo; donde, al detenerse en Marcket Street, ante los viejos muros que recuerdan al Sabio, se le anchan el corazón y el espíritu al recoger ese hálito misterioso que se desprende de todo lo grandioso, y que acentuaría en él lo que ya era desde antes: un Franklin en potencia.

El provechoso viaje de Espaillat a los Estados Unidos fué como el de Sarmiento, como el de Hostos, como el de Martí, aprendizaje y captación de ideas de progreso y de nuevas normas de vida ciudadana, que influirían decisivamente no solo en la obra escrita sino también en la actuación pública de tan insignes hombres. De todos ellos, el que se pareció más acusadamente al gran modelo americano, a Benjamín Franklin, fué Espaillat.

Los rasgos comunes entre Sarmiento y Espaillat también sorprenden: el agente moral, el maestro ideal encarnado en Sarmiento, aún al ejercer la Presidencia de la Argentina, también lo encarna Espaillat, quizás con mayor fuerza, aunque con menor fortuna, en sus angustiosos afares de Gobernante. El axioma de Sarmiento, la necesidad de la escuela, es algo así como un *leit motiv* en los escritos de Espaillat, en los que no aparece un agreste Facundo, porque habría sido darle limitación a su obra: porque su Facundo era el pueblo dominicano, sin una posible personificación, amorfo, disgregado, disperso en sus páginas, pero que todas podemos reconstruir idealmente. Comparar

a Espaillat con Domingo Faustino Sarmiento, es acercarlo aún más a Benjamín Franklin.

Si Sarmiento fue el educador-gobernante, Espaillat también lo fue: aspiraba a gobernar, como él dijera, con maestros de escuela, y maestro fue su Ministro, prócer de la educación en la República, don Manuel de Jesús de Peña y Reynoso, quien pretendió —caso insólito en la América— debelar una revolución creando contra ella no un ejército sino un periódico, el doctrinario vocero santiagués *La Situación*.

En su *Paralelo* entre Franklin y el humanista peruano Hipólito Unánue, el pedagogo suramericano Luis C. Infante dice que “entre estos dos gigantes intelectuales hay un paralelismo extraordinario, cuyos puntos más resaltantes nos descubre sin sospechar que esos hitos coincidentes correspondían también a un desconocido de las Antillas, que lo es aún, lamentablemente, Ulises Francisco Espaillat.

En la enumeración de coincidencias apuntadas por Infante basta señalar las más notables, las que abarcan al mismo tiempo al Prócer dominicano: hombres de ciencia, estadistas, economistas, sociólogos, filósofos, amigos de todos, patriotas, hondo sentido de humanidad, intenso amor a sus semejantes, periodistas de vocación, luminosa inteligencia, férrea voluntad, autodidactas, fino tacto social, vastísima ilustración, austeridad de costumbres, gran civismo, amplio espíritu de humanidad, integridad moral, extraordinario dinamismo, acendrado anhelo de servir a sus semejantes con infinita nobleza y gran altura de miras, fueron los galardones —dice Infante— que adornaron la egregia personalidad de estos dos grandes hombres. En tan acusado paralelismo cabe, sin mínimo esfuerzo, como una mano enlazada a la otra, el Prócer dominicano, porque él fue también de esa egregia casta de hombres a que aludía Pedro Henríquez Ureña cuando hacía votos porque nuestra América siguiera produciendo *lo que es acaso su más alta característica: los hombres magistrales*.

Cuenta Franklin, en su *Autobiografía*, que habiendo leído *Las cosas memorables de Sócrates*, por Xenofonte, le encantó la manera socrática de discurrir, adaptándola y abandonando su modo abrupto de contradecir, para adquirir desde entonces “el hábito humilde del que inquiere y del que duda”; que así conservó la costumbre de expresarse “en términos de gran modestia”, no usando jamás, al iniciar algo que pudiera ser discutido, las expresiones *ciertamente*, *indudablemente*, y otras del mismo estilo que dan a las opiniones un carácter positivo, radical, y que mas bien solía decir: *creo, o entiendo que pueda ser de esta manera, o de aquella..., me parece a mí..., yo diría que es de este modo, o de aquel, por tales o cuales razones..., o me imagino que puede ser así..., o esto es así, si no me equivoco..., yo supongo..., así me parece a mí en este momento...*

Agregaba Franklin que como el fin principal de toda conversación es informar o ser informado, agradar o persuadir, él deseaba que los hombres sensatos y bien intencionados no aminorasen su poder de hacer el bien empleando una manera positiva y arrogante que siempre causa desagrado y tiende a crear oposición. Para convencer aún más citaba Franklin estos versos de Pope:

Hay que enseñar a los hombres como si no se les hubiese enseñado  
y presentarles las cosas desconocidas como cosas olvidadas.  
Las palabras altivas no tienen defensa;  
porque la falta de modestia es falta de sentido.

Espaillat procedía en la misma forma, “siempre en términos de gran modestia”, y así iniciaba su conversación epistolar y sus artículos a la manera de Franklin: *Yo creo que..., Me parece que..., Puedo equivocarme, pero pienso que... Veo, como vosotros..., Comprendo, como vosotros..., Este es mi modo de ver las cosas..., Podría ser..., No cree usted..., Quiera Dios..., No se si vemos mal, pero nos parece adivinar...*

Franklin, además, se despojaba de la paternidad de las ideas en que más necesitaba insistir: *Yo he creído siempre que...*, decía, y a continuación preguntaba: *Será cierto hoy?*

Empleando el mismo sistema, decía Espaillat: "Si yo viniera a anunciaros que el país no puede progresar sin periódicos, no os diría nada nuevo..." Así, por toda su obra, van apareciendo ideas y formas de expresión que parecen de Franklin, como esta sustanciosa frase con la que respondiera a los que le señalaban como futuro salvador de la República: *Yo creo que la mayor calamidad que a una Nación puede sobrevenirle es la necesidad de ser salvada por un genio. Yo prefiero que cada ciudadano lo sea en su esfera.*

En Franklin, cristiano, aparecen de continuo los grandes nombres que presiden la vida: Dios, la Providencia. "Existe un Dios —dice— que hizo todas las cosas. Que gobierna el Mundo con su Providencia". Lo mismo siente y piensa el dominicano: "No soy —dice— de los que creen que este Mundo se rige de por sí; y por más que los sabios, o los que por tales quieran pasar, nieguen la existencia de la Providencia y su ingerencia activa en nuestros pequeños asuntos, creo que todos y cada uno de nosotros somos otros tantos instrumentos en su mano..."

Decía Franklin que sus lecturas le habían llevado a la conclusión de que los grandes asuntos del Mundo, las guerras, las revoluciones, son llevados a cabo e influidos por los partidos políticos; que el punto de vista de esos partidos está en su interés general presente o lo que ellos toman por tal; que los diferentes puntos de vista ocasionan toda la confusión; que cuando un partido está luchando por llevar a cabo un interés general cada miembro tiene ante sus ojos su interés particular y personal; que tan pronto como un partido ha ganado su interés general, cada miembro pone empeño en sus intereses particulares, los cuales entorpecen los de los otros, dividen el partido y acarrear la confusión...

Por todo ello consideraba Franklin que debía crearse el gran Partido de la Virtud, que juntase a los hombres virtuosos y buenos de todas las naciones en un cuerpo regular para ser gobernados por reglas sabias y justas.

No de otro modo pensaba Espaillat, para quien, “con pocas excepciones, nadie creía llegado el momento de sacrificar sus intereses propios en manos de un tercero”. Me parecía —agregaba— “que el país debía pasar por otras evoluciones fatales para que los partidos viesen la necesidad de hacer el sacrificio de sus respectivos intereses”. Y no vacilaba en repetir este concepto semejante al de Franklin: “Los partidos políticos no creen deber abdicar sus intereses en manos de un tercero, haciendo sacrificio de ninguna especie, ni por la Patria, que ya no puede más, ni por ellos mismos”.

En un país como el de Franklin, Espaillat habría abogado por la creación del gran Partido de la Virtud, pero en un país como el nuestro, en el vórtice de la barbarie revolucionaria, había de abogar por la formación de otro Partido, no vaciado en el mismo molde, pero en esencia el mismo. “Formemos un Partido —decía— el Partido Constitucional. Enseñemos a este Partido, que será un verdadero Partido político, que sus deberes se reducen tan sólo a la práctica de un precepto: el de respetar y hacer respetar la Constitución del Estado... Unico medio de lograr que se reponga la fortuna pública, se organice la justicia y triunfe la virtud, del vicio”. Pensaba, además, que la Cátedra del Espíritu Santo se podría transformar en Cátedra de derecho constitucional, puesto que con la práctica de sus preceptos se aseguraría la paz, “que es el orden, la moral, la virtud”. Decía que la Aparición del Hombre-Dios estableció una demarcación definida entre el mundo de los sentidos y el mundo del espíritu, entre el culto de las pasiones y el culto de la virtud, que fue punto de partida de la regeneración de la humanidad; que la civilización es obra de la idea cristiana y por lo mismo de cuanta utilidad sería la religión en la obra de la regeneración de nuestra sociedad. Así coincidían, Franklin y Espaillat, en la exaltación de la virtud.

La semblanza moral de Espaillat coincide de modo casi perfecto con la de Franklin:

*Según el sentir unánime de los doctos, el primero entre los norteamericanos de la Colonia en las cualidades del corazón y del entendimiento. Ingenio agudo y filósofo, científico, maduro en la sabiduría del mundo, listo e ingenioso en presencia de los hombres y los acontecimientos, fué uno de los personajes más grandes así como más deleitosos que la raza inglesa produjo en el siglo XVIII.*

Así podríamos tomar, en la Vida de Franklin, párrafo por párrafo, los rasgos comunes en él y en Espaillat, a pesar de la distancia de un Siglo que los separa. Bastará examinar, pensando en el Prócer dominicano, las obras de Parrington, *El desarrollo de las ideas en los Estados Unidos*, y de Murray Butler, *Los constructores de los Estados Unidos*, y asimismo la *Autobiografía* de Franklin, para que disfrutemos de la confortadora sorpresa de ir encontrándonos con Espaillat, como si en un recorrido ideal por la encantadora Filadelfia, al doblar de cada calle le hallásemos de mano con Benjamín Franklin.

El *Ricardo Saunders*, creado por Franklin como personificación del sentido común, es el *Señor Commonsense* que asoma a cada paso en los escritos de Espaillat, lo mismo que el *Buen Ricardo*, predicando contra el ocio, exponiendo ideas constructivas, repitiendo proverbios encaminados a levantar cada día más alto el edificio del progreso, del individuo y del país, sobre bases morales cada vez más sólidas, vale decir, en resumen, la persistencia en las recomendaciones de buen sentido, característica de Franklin. En el *Commonsense* de Espaillat no habría, además, una reminiscencia del *Sentido Común*, de Thomas Paine, el entrañable compañero de Franklin?

Quizás se refiere al *Almanaque del Buen Ricardo* este humorístico pasaje de Espaillat:

*Cayó al suelo un librito en extremo diminuto... lo tomé, y al abrirlo me doy con esta sentencia que dice, traducida: "conduce tus negocios o de lo contrario tus negocios te conducirán a tí".*

Y esta máxima aparece, precisamente, en el *Almanaque* de Franklin.

Si en el fondo es la misma su esencia, en la forma son más que notorias las semejanzas en los escritos de ambos Varones. Al igual que los escritos de Franklin, los de Espaillat están salpicados de anécdotas, de fábulas, de parábolas, en un estilo llano, al par sencillo y diáfano, pleno de buen humor, en el cual se acentúa, particularmente, la semejanza entre ambos escritores; *buen humor* que en Espaillat, más que en todo otro escritor dominicano, deriva del fino *humour* inglés.

Para mejor llegar al pueblo, Franklin habla por boca del *Buen Ricardo*, y Espaillat procede en forma semejante, pero, sin dudas —con perdón de vosotros— más ingeniosa: tras el seudónimo femenino de *María*, y hablando —él, que fué todo hombre— como una mujer, y con todos los rasgos de la psicología femenina. En ningún libro dominicano hay mayor densidad humorística que en esa deliciosa metamorfosis literaria de Espaillat ni tampoco mayor acierto sociológico: sólo una mujer podía, en su tiempo, hablar de política con la libertad y el desenfado con que hablaba la supuesta *María*. Así lo que fue el popular *Buen Ricardo* para los norteamericanos, lo fué *María* para los dominicanos. A la llegada de Franklin a París todos querían “estrechar la mano del autor del *Almanaque del Buen Ricardo*, comparándolo a Catón, por su alma, y a Sócrates, por su espíritu”, decía uno de sus biógrafos. “Dígale a *María* que escriba siempre y que aquí tiene muchos admiradores”, le escribía a Espaillat, desde Puerto Plata, Gregorio Luperón; y por toda la República se celebraba la deliciosa e instructiva plática de *María*.

Basta acercar idealmente el prócer dominicano al norteamericano para que ante nuestros ojos se vayan multiplicando los rasgos comunes entre ambos, hasta producirse en nuestro espíritu una gozosa e inefable identificación. Los mismos ojos, los mismos labios, la misma frente,

la misma larga cabellera, y dentro el mismo corazón, la misma vida.

El glorioso papel de Franklin en la Independencia de su país, fué el de Espaillat en la Restauración de su Patria, en la que actuó como un San Luis, prodigio de razón y de virtud en tiempos de hierro. Si Franklin fué el más celebrado periodista de su tiempo, nadie, en Santo Domingo, ha superado aún a Espaillat en el sacerdocio de la prensa. Toda una serie de cualidades y empeños comunes les une dentro de un ámbito común, uno civilizado y el otro semi-bárbaro, en que les envolvían la admiración y el amor de sus conciudadanos: el patriotismo, la virtud, el amor a la ciencia y a la libertad, la pasión del trabajo y del orden, la humildad, la verdad, el altruismo, la filantropía, el ansia de alzar la humanidad en hombros del progreso, del bienestar y del amor, como gigantes árboles que entrelazan sus ramas para que junto a sus troncos se disfrute de más dulce sombra. Como el Inventor del pararrayos, el *Leonardo americano*, Espaillat espigó por los campos de la ciencia más que todo otro de sus compatriotas: médico, farmacéutico, abogado, periodista, político, diplomático, legislador, agrimensor, economista; "médico, químico, botánico, asiduamente estudiaba la naturaleza", decía Luperón. En fin una breve copia de Franklin como fué Emiliano Tejera "una breve copia de Jovellanos".

Entre todos esos puntos de contacto entre el dominicano y el norteamericano hay algo más que les acerca: la admiración de Espaillat por el gran pueblo de Franklin, pero no admiración servil, sino consciente y altruista, como en Sarmiento, en Hostos y en Martí. Como si quisiese restarle importancia a lo que iba dejando tras la pluma, al estilo de Franklin, Espaillat nos presentaba de continuo, como paradigma, el gran pueblo de los Estados Unidos; y con qué gracia y levedad decía las verdades más solemnes y graves! Entre sus frecuentes alusiones al Pueblo del Norte basten ahora estas sustanciosas líneas:

*Qué es, pues, lo que nos hace falta para hacer y ser algo? La fuerza de iniciativa. Pero esto nos lo daría la in-*

migración, he oído decir. Detengámonos un momento. Yo no sé hasta donde puede ser cierto lo que el Senador Schultz, de los Estados Unidos, adujo respecto a la influencia enervante de ciertas zonas, aún sobre las razas más potentes de la tierra. Esos son asuntos que ni yo comprendo, ni he podido estudiar; así es que solamente me ayudaré de lo que he oído respecto a otros países, de lo que he visto yo mismo en el nuestro, y del libro aquel que tengo siempre abierto al lado del tocador, junto a la máquina de coser, la única —entre tantas— que hemos podido importar para la gloria del bello sexo: el libro que trata del Sentido Común.

A muchos he oído decir que no hay un sólo extranjero que llegue a los Estados Unidos, que no se vuelva americano, no en el modo de hablar por las narices, que eso no lo consentiría el yankee, ni a nadie se le antojaría, pero sí en todo lo demás. La misma actividad; la misma fuerza creadora; el mismo empuje; idéntica escuela, iguales preceptos; time is money. Allí todas las naciones del orbe se transforman en una sola, la nación trabajadora, con un solo credo, el de empujar y mejorar la sociedad. Allí no es perezoso el hijo de España, como injustamente se lo han echado en cara extranjeros y nacionales; tampoco lo es el italiano, ni el francés ni el sur-americano; todos porfían a cual trabajará más, y el país se presta a las mil maravillas, bajo cuantos conceptos puedan imaginarse. La inmigración que llega se modela sobre todo cuanto se ve en el país; y como lo que ve es bueno, ella, si no lo era, llega a ser buena.

Y aquí vuelve a deslizarse el buen humor de Espaillat.

—Qué copiará en el nuestro? El uso del machete, o mas bien el revólver; el andar descalzo, comer el debilitante sancocho y dejar para mañana lo que debía hacerse el día anterior. No nos impondrán sus costumbres; recibirán las nuestras y esto es natural... Hagamos vivir, que no revivir, puesto que nunca ha vivido, esta sociedad; y entonces, comunicaremos nuestro ardor a todos los que nos visiten.

Es curioso que en los escritos de Espaillat, llegados a nosotros, no haya mención de Franklin, lo que se explica

por su habitual renuencia a la cita de autores, ajeno a toda ostentación de sabiduría, para hacer más llana y accesible su prédica. Tan sólo una admirativa alusión a Filadelfia entre las numerosas citas de los Estados Unidos. Pero, en cambio, en ellos florece el espíritu, el estilo, el alma del grande americano.

Claro que el nombre de Franklin fué bien familiar entre nosotros, como en toda la América: la primera mención del sabio la hallamos precisamente en el primer periódico dominicano, *El Telégrafo Constitucional de Santo Domingo*, en cuya edición del 21 de abril de 1821 se habla del arte de ser feliz, del "inventado por Franklin en la Pensilvania".

Desde entonces los escritos de Franklin aparecen, de vez en vez, en la prensa de Santo Domingo, como sus palabras *A los que quieran ser ricos*, en *El Dominicano*, en 1872, y sus *Consejos a un joven operario*, en *El Orden* en 1888. El caso se repite igualmente en todo Hispanoamérica: precisamente, los dos escritos de Franklin, mencionados, aparecieron simultáneamente en la prensa de Lima y de Managua en 1897. Y es claro que aquí se leían las obras de Franklin: en la Biblioteca del ilustre escritor dominico-venezolano Rafael María Baralt, donada por él a Santo Domingo, en 1860, figura esta obra: *Miscelánea de Economía Política y Moral extractada de las obras de Benjamín Franklin* (2 tomos); seguramente traducción del francés, de R. Mangino, publicada en París en 1825.

Franklin, además, era bien conocido entre nosotros no solo a través de sus obras sino también de importantes obras que le concernían, en boga en el siglo pasado, como las del francés Laboulaye, y como la *Historia Ilustrada de los Estados Unidos*, de Quakenbos, publicada en 1873. El ejemplar que tenemos a la vista perteneció a un hijo del Prócer, a Rafael J. Espaillet, y estuvo a la venta, como reza el membrete con el precio, en la *Librería de Augusto Espaillet, Sucesores de Ulises F. Espuillat, Calle Sol, número 37, Santiago*. Lo que nos induce a pensar que el libro estuvo, gloriosamente, en manos del repúblico.

En nuestra poesía no faltaron los elogios del Sabio. En su *Oda al Progreso*, de 1883, Eugenio Polanco y Velásquez recordaba al inventor del pararrayos:

*En el inmenso espacio  
se mira aparecer la negra nube  
de cuyo seno el fulminante rayo  
se despide con ruido estrepitoso,  
fugaz cruzando la región del viento,  
vaticinando males,  
llenando de vapor a los mortales.*

*Pero Franklin osado,  
en la ciencia confiado,  
al ver que raudo hacia la tierra viene,  
su cólera contiene,  
y en el metal lo deja aprisionado.*

*Cuán grande fué el asombro  
del Universo entonces!*

*El rayo tan temido...  
se mira por la ciencia detenido!.*

Hasta en las polémicas políticas aparecía el nombre del Sabio, aplicándosele al tratadista dominicano Alejandro Angulo Guridi, Director del periódico *La República*, el calificativo de *nuevo Franklin*. Decía el periódico opositor, *El Eco del Pueblo*, del 17 de agosto de 1856: "Sin duda *La República* encontrará su media docena de patriotas... de aquellos patriotas que cuando llamemos para ajustarles las cuentas de su vida política, por más que se acojan *bajo la figura del para-rayo* del nuevo Franklin, no evitarán les caiga *la electricidad* de cargos de que está preñada la atmósfera". Y no tardó Angulo Guridi en darle su inteligente contestación: "Se nos llama *nuevo Franklin*... Gracias, señor, gracias le damos de todo corazón. Pero, ah!, todavía no hemos podido lo que él, *arrebatarle el cetro a los tiranos*. Y déjenos Ud. desvanecer un error: no hay nadie acogido bajo nuestro *para-rayo*. Nosotros hacemos, es verdad, la figura de un *para-rayo* político, pero es no más que por evitar el que

cierta *electricidad* importada venga a caer sobre este edificio llamado República Dominicana. En cuanto a las individualidades, que *cada palo aguante su vela*".

La escuela dominicana tampoco era ajena a la enseñanza de Franklin. Basta apuntar que el egregio antillano Eugenio María de Hostos le señalaba a sus discípulos de la Escuela Normal de Santo Domingo, como paradigma del deber de trabajo, en sus memorables lecciones de Moral Social, la singular vida de Franklin. Para el Apóstol —figura paralela a la del Sabio de Filadelfia, según Englekirk y según el entusiasta juicio de Balseiro— Franklin llegó a tener *una fuerza de razón* que le ha bastado para inmortalizar su nombre. Y en ello estriba, precisamente, la gloria de Hostos y asimismo la gloria de Espaillat, la incontrastable fuerza de razón que preside en todos los escritos, en todos los actos de la vida de ambos.

Ningún norteamericano del pasado tuvo el prestigio de Franklin en Hispanoamérica, como lo afirma Estuardo Núñez señalando toda una legión de hombres ilustres que recibieron la influencia del Sabio, pero con lamentable omisión del primero en la semejanza con el autor del *Pobre Ricardo*, el dominicano Ulises Francisco Espaillat. En la Argentina, Sarmiento declara a Franklin su maestro y guía; en México José Antonio Alzate pondera la influencia del Sabio sobre su generación; en Venezuela, Colombia y Chile y en todos los demás pueblos de Hispanoamérica, el nombre de Franklin es un símbolo de nuevas ideologías: sus ideas perviven y se infiltran en los pensadores y políticos del siglo XIX. Al hablar de Simón Rodríguez, del célebre Maestro de Bolívar, parecería que alude a Espaillat: en las ideas del Maestro Simón "están volcadas las máximas de moral práctica y las recomendaciones de buen sentido características de Franklin". ¿No resplandecen en la obra de Espaillat, en sus escritos, en su conducta, esas mismas máximas, esas mismas características?

Estuardo Núñez multiplica su señalamiento de la influencia de Franklin en egregios hispanoamericanos, pero

sin que en uno sólo de ellos haya en conjunto las sorprendentes afinidades físicas, morales e intelectuales que hubo entre Benjamín Franklin y Ulises Francisco Espaillat. Entre el óleo de Franklin, por C. W. Peale y el de Espaillat, por Luis Desangles, hay tan notable parecido que incita a pensar si el artista dominicano se inspiró en el norteamericano.

Ningún paralelo mejor, pues, entre el dominicano y el norteamericano que el que ha ido surgiendo ante los ojos de nuestro espíritu, mirando de uno a otro lado los rasgos comunes en ambos próceres, para al fin llegar a la placentera conclusión de que hubo en ellos *una armoniosa multitud humana*.

Quien conozca a fondo a Espaillat quedará sorprendido al encontrarle tan ajustado a su modelo en la magistral semblanza de Franklin por Van Doren:

*En cualquier edad y en cualquier sitio, Franklin hubiese sido un gran hombre. La naturaleza fue tan pródiga y complaciente con él cuando nació, que lo colmó de inteligencia y voluntad, de talento y habilidad, de energía y desenfado, de ingenio y de gracia. Lo tenía todo, menos como la mayoría de los genios, el deseo apasionado de ser sólo genio, sólo soldado, sólo santo, sólo poeta, sólo sabio; de tener sólo un don y sólo un mérito, y de alcanzar sólo un triunfo. La fuerza de Franklin radicaba singularmente en un equilibrio flexible. Ni su genio mismo pudo obligarle a especializarse. Todas sus cosas las hacía con una maestría llena de humorismo. Aunque era muy amable, había en él, sin duda, cierto desdén en su falta de exigencia. No podía exaltar las cosas ni dar su vida por ellas, como hacen los hombres unilaterales. Ni los bienes materiales ni las conquistas valían la pena de tanto. Aunque sus bienes fueron muchos y sus conquistas numerosas, siempre valieron menos que él. El que conoce sus acciones, recuerda siempre por encima de ellas al que las hizo. A veces, juzgándolo por la amplia perspectiva de su genio y a pesar de su tono personal, pare-*

*ce ser mucho más que un hombre solo: parece una armoniosa multitud humana.*

El Mensaje de Franklin, dice Núñez, “invade y empapa las ideologías de los hispanoamericanos... Su prédica de paz y solidaridad entre los hombres adquiere en estos momentos de la historia humana, la significación trascendente de una admonición y de una advertencia a las generaciones de hoy y de lo futuro”.

De esa misma calidad es el Mensaje de Espaillat que ahora se renueva en sus *Escritos*; que hoy reinicia su aventura civil como en una segunda salida de Don Quijote por estos conturbados campos y villas de la Mancha dominicana.

Para un pueblo que ha de avergonzarse de tantos y continuos actos de barbarie y de incivilidad, es un grande y alentador consuelo poder mostrar al Mundo la semejanza de uno de sus hijos con el más grande de los hijos de Norteamérica.

(Julio de 1962)

